

Discurso de agradecimiento de Juan Pablo Artero (fcom) en nombre de los doctores investidos en la Universidad de Navarra 2005-2006

Con la venia de la presidencia:

En este curso académico 2005-2006 corresponde por turno a la Facultad de Comunicación realizar este discurso que no puede ser de otro tipo más que de agradecimiento. Contemplamos hoy en este Aula Magna a una asamblea de doctores noveles presididos por un nutrido grupo de maestros de la Ciencia. Nuestra historia personal, la de cada uno de nosotros, nos ha llevado a este punto final que es al mismo tiempo un punto de inicio. Aquí comienza para nosotros, los nuevos doctores, un camino de búsqueda de la verdad que nunca terminará.

Cuando un orador no tiene demasiadas ideas propias, diría cualquier manual de comunicación institucional, sólo tiene una salida: recurrir a las ajenas. Recuerdo en este momento el primer libro que me mandó leer Don Alfonso Nieto Tamargo, Catedrático de Empresa Informativa, primer Decano de la Facultad de Comunicación y antiguo Rector de esta Universidad. Fue el volumen *Consideraciones sobre la investigación científica*, escrito por el también ex rector Don José María Albareda. En esta monografía sobresaliente, Albareda nos dejó varias enseñanzas que me permito recordar brevemente en este acto. Él era un científico que tuvo la humildad de situar a la Ciencia en su ámbito propio, que no es banal pero tampoco absoluto, cuando escribía: “Veo el valor formativo de la Gramática, magnífica constante de las lenguas; y el valor de todos los idiomas, precisión modeladora, dilatación de cultura; y el de la Matemática, lógica de la construcción mental; y el de las Ciencias Naturales, formas, problemas, enigmas de la materia y de la vida; y el de la Geografía, y la Historia, y la Filosofía... Y todo eso, separado o junto, me da –del mundo y de mi vivir- una imagen sin médula y sin finalidad.... Después de todo eso no se acaba de entender para qué vive el triste o el leproso. Toda ciencia humana, todo tipo de humanismo, aisladamente, nos deja fríos, opacos, indiferentes... La vida sólo tiene sentido y valor, luz y vibración, cuando en lo humano incide el rayo divino”.

En efecto, las dimensiones objetiva y subjetiva de las cosas quedan incompletas sin el punto de vista trascendente. Vivimos un momento histórico de confusión, de medias verdades (o lo que es lo mismo, de medias mentiras), de crisis agonizante de una Modernidad fracasada. La Ciencia había de ser la salvación del hombre, la clave del progreso ilimitado. Albareda escribió que “la quiebra íntima y anárquica a que nos llevó todo el moderno proceso, corrosivo del orden cristiano, la deshumanización de los valores humanos para erigirlos en idolillos independientes, no en constituyentes de la personalidad humana subordinada al orden divino, hizo emerger a la Ciencia como uno de los mitos de la restauración pagana. Da lástima o risa leer esas obras del siglo XIX en las que se asegura el bienestar de la humanidad por el progreso de la técnica”.

Cinco siglos después del inicio oficial de la Modernidad, observamos un mundo fantástico en muchos sentidos, pero también a veces los resultados se limitan a la mejora de las condiciones materiales de vida de no más de un tercio de la Humanidad. En Occidente somos más ricos en cosas y más pobres en espíritu. Y además, el avance de la ciencia y de la técnica ha contribuido inestimablemente a algunas de las mayores catástrofes de la Historia de la Humanidad. Vaya paradoja la de la Ilustración. Es por eso que necesitamos entrar en una nueva Era. De hecho, ya estamos comenzando una nueva Edad Global que puede aprender de los aciertos históricos y errores de base de las edades Antigua, Media y Moderna. Y corresponde a nosotros, los universitarios, poner las bases intelectuales de este nuevo mundo. O mejor dicho, recuperar las verdades a partir de las cuales vamos a construir esta nueva etapa. Porque lo esencial ya está dicho. En concreto, desde hace unos dos mil años.

¿Y cómo hemos de acometer esta tarea ingente? No creo descubrir nada nuevo al decir que la tarea del profesor universitario es generar nuevo conocimiento y comunicarlo, con el propósito de conocer la verdad de las cosas y educar buenos ciudadanos, profesionales y científicos. La Universidad de Navarra, como tantas otras en el mundo, tiene además una misión adicional: ofrecer una respuesta cristiana a los retos del mundo de hoy. Y llevarla a la práctica. Ejemplos de esto no nos faltan. El último de ellos, muy cercano en el tiempo a todos nosotros: el del Don Gonzalo Redondo, que dedicó los últimos años de su fructífera carrera académica a desentrañar los mitos y realidades de la España de Franco, periodo todavía tan presente, para bien o para mal, en la política de nuestros días.

Es por eso que nuestra labor docente e investigadora no puede paralizarse ante las dificultades. El mundo apremia con incesantes preguntas, que hemos de responder conscientes de nuestras limitaciones, sin prisa, pero sin pausa. Habrá quien replique, no sin cierta razón, que a veces los medios con que contamos son insuficientes. Pero citaré de nuevo las palabras del Rector Albareda cuando dice: “para poder obtener investigación hacen falta hombres, hace falta dinero. Pero no sé de nada importante que tenga como arranque inicial el dinero. Existe difundida la creencia de que el dinero lo hace todo y de que los que más hacen es porque tienen más dinero; pero existe también la contundente realidad de que algunas sumas considerables dedicadas a labores científicas no han dado apenas rendimiento”. Nuestro ilustre antecesor concluye que “hay especialistas en señalar lo que les falta; pero son preferibles en la investigación los que sienten la responsabilidad de lo que tienen”.

Así que siempre nos puede acechar la tentación de la condescendencia, del victimismo, de la pequeñez. O la de despreciar el mundo pensando que no tiene nada que ofrecernos. Podría hacerse la cuenta al revés y pensar en todo lo que nosotros podemos ofrecer al mundo. Recordaríamos así las bellísimas palabras de San Josemaría Escrivá, fundador de la Universidad de Navarra, cuando nos apeló no sólo a no despreciar al mundo, sino a amarlo apasionadamente. No creo

que muchas Universidades en el mundo puedan presumir de tener un tesoro tan grande como que su primer Gran Canciller haya sido uno de los santos más cruciales del siglo XX, un aragonés universal que nos recordó a todos la necesidad de vivir en cristiano nuestra vida ordinaria.

Termino con tres pequeñas notas a pie de página. La primera: aquí estamos nuevos doctores en Ciencias Naturales, Tecnológicas, Sociales, Humanísticas y Teológicas. ¿Es alguna de las ciencias superior en sí misma a las otras? Todas las disciplinas, metodologías y objetos de estudio tienen algo que aportar al conocimiento científico y a la comunidad. La segunda: podríamos acotar las grandes preguntas. Existe una tentación de conformarnos con investigaciones incuestionables desde el punto de vista metodológico, pero irrelevantes para el encuentro con la verdad. Aunque también existe la contraria: la de querer solucionar todos los problemas de nuestra disciplina en un solo artículo científico. Y por último pido permiso para recordar unas breves y sabias palabras: piensa en grande, pero haz en pequeño. Como decía Albareda, “hacer es transformar la fluidez del tiempo que transcurre en obras que quedan”. Y si muchos millones de personas en el mundo, cada uno en su ámbito, trabajan con este espíritu, el éxito de esta empresa está asegurado.

Cuánto debemos a la Universidad de Navarra... Hemos concluido nuestra vida de estudiantes entre sus muros y sus libros, pero sobre todo entre sus sabios. Recuerdo especialmente en este momento a nuestros directores de tesis doctoral, siempre vigilantes para guiar los pasos de nuestra primera investigación. Y también resalta a viva voz la generosidad de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra, que ha financiado los estudios doctorales de la mayoría de los que hoy estamos aquí. No olvidemos que ninguna universidad española tiene un programa de becas propias tan amplio y continuado en el tiempo como el de la Asociación de Amigos.

Así que a vosotros, directores de tesis, compañeros de departamento, familiares y amigos debemos un agradecimiento profundo. Pero también a instituciones como la Universidad de Navarra y su Asociación de Amigos, que han creído en nosotros cuando sólo éramos alumnos de último curso con más o menos un buen expediente. A todos os enviamos nuestra gratitud y os hacemos una promesa solemne: sólo nuestras propias limitaciones nos detendrán, pero esfuerzo, alegría y pasión no nos va a faltar. Que la Virgen del Amor Hermoso que desde lo alto preside nuestro campus nos guíe para que nuestro pensamiento, palabra y acción sean uno y se dirijan siempre hacia su Amor. Le pedimos que todos nosotros, en compañía del resto de la corporación universitaria, podamos ser verdaderamente la sal de la tierra y la luz del mundo. Muchísimas gracias por todo.